

ranzas, dió la primera á los pobres, y predicando malaventuranzas, dió la primera á los ricos; en otra ocasion dijo que era imposible entrar un rico en el reino de los cielos: y aunque, queriendo templar esta sentencia, lo declaró diciendo que era dificultoso; pero añadió tanta dificultad, que es para estremecer, advirtiendo que era mas fácil entrar un camello por el ojo de una aguja que un rico en el cielo: pero á Dios nada le es imposible. De todo lo dicho se puede colegir cuán dignos son, no solo de desprecio, sino de odio, los bienes temporales por ser engañosos, y en cosa de suma importancia, y juntamente sernos dañisimos; pues nos engañan para perder el contento de esta vida y la felicidad de la otra, y al mismo Dios. ¿Qué odio tendria una fidelisima y honestisima esposa si un adúltero tomase el hábito y figura de su esposo, y fingiendo que era él la violase? Cuando despues supiese lo que pasaba, y el engaño y daño que le habia hecho aquel traidor en cosa de tanta consideracion, ¿cómo lo aborreceria? Esta traicion hace con nosotros la felicidad temporal: véndesenos por verdadero bien, haciendo que adultere nuestro corazon con ella, dejando á su legitimo esposo y verdadero bien, que es Dios; porque no hay verdadera felicidad ni bien que no sea en su servicio, y con el cumplimiento de su santisima voluntad, para gozarle despues eternamente: y así los bienes temporales, que con sus engaños suelen hacer que perdamos los eternos, no deben ser amados, sino aborrecidos como mil muertes.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la grandeza de las cosas eternas.

Aunque la pequeñez y vileza de las cosas temporales por si sea tan grande como hemos dicho, parecerán mucho mas pequeñas y viles al que considerare la grandeza y majestad de las eternas, de las cuales comenzaremos á tratar; porque la grandeza de la gloria es tan grande, que dice san Agustin estas palabras (1): *Si fuera necesario padecer cada dia tormentos, si fuera menester estar en el mismo infierno largo tiempo para que pudiéramos ver á Cristo en su gloria y estar en compañía de los Santos; por ventura no fuera muy digno padecer quanto hay de tristeza y dolor, para que fuésemos participantes de tan grande bien y gloria.* Esto es de san Agustin; y no se debe tener por encarecimiento, como ni tampoco lo es la sentencia que se atribuye á san Jerónimo, que es para maravillar que las piedras debajo de los piés de los que se han de condenar no se conviertan en rosas para alivio anticipado de aquellos males que han de padecer; y al contrario, es mucho mas para maravillar que debajo de los piés de los que se han de salvar no se conviertan en espinas que saltando de entre los piés á la cabeza no los hieran, y castiguen sus pecados, pues han de conseguir bienes inefables por un brevisimo trabajo. Esta grandeza de los bienes eternos no es solo por ser eternos, sino por ser sumos; por lo cual, aunque fuera su gozo por breve tiempo, no se habia de reparar en mil años de gravisimos tormentos por alcanzarlo algun dia: así dice san Agustin (2): *Es tan grande la hermosura de la justicia, y tan grande la dulzura de la luz eterna, que aunque no se pudiera perseverar en ella mas que un dia, se podian despreciar innumerables años de esta vida, aunque fuesen llenos de deleites y regalos, y de abundancia de bienes temporales; porque no se dijo con falso ni con mal afecto aquella sentencia: Mejor es un dia en tus atrios que mil.* Ordinariamente se dice que por los gozos eternos del cielo se pueden dejar los de la tierra, pues son breves y caducos; mas á san Agustin le pareció mas: que aunque los del cielo fueran breves, y los de la tierra eternos; siendo

(1) S. Aug. in Man. — (2) S. Aug. de lib. arb. 3.

aquellos tales, se habian de anteponer, aunque breves, á los de este mundo, aunque fuesen para siempre.

Confirma esto lo que escribe Tomás de Cantimprato (1) y otros autores, que habiendo preguntado al demonio qué quisiera padecer por ver á Dios, respondió: Padeciera yo por ello cuanto padecen los condenados del infierno, hombres y demonios, hasta el día del juicio por ver un rato á Dios. ¿Qué hombre hay en el mundo que pueda con razon quejarse de trabajo que le suceda, si por él se le abre camino para gozar de tal bien? Pues por voto del mayor enemigo de Dios no es mucho cuanto hacen y padecen los hombres por servir á Dios; pues se les ha de pagar con su vista clara. Á Caton, por solo haber leído la disputa de Sócrates de la inmortalidad del alma, le pareció poco dar la vida y despedazarse por ir á gozar aquella libertad eterna del alma sin el embarazo de la gravedad de este cuerpo. ¿Qué nos debe parecer á nosotros mucho por la eternidad de aquel sumo gozo, vida bienaventurada y gloria sin fin? Escribió tambien Heroldo (2) que estando conjurando el santo Fr. Jordan, general de la sagrada Orden de Predicadores, un demonio que se habia entrado en un cuerpo, le preguntó que á dónde iria de mejor gana. Respondió que al cielo. Replicándole por qué, dijo: que por ver la cara de Dios. Volvió á preguntarle cuán de buena gana le veria. ¿Cuánto? (dijo) víla una vez poco mas de un abrir y cerrar de ojos; y por verla otro tanto padeciera con gusto hasta el día del juicio cuantas penas padecen mis compañeros. Quedó como fuera de sí fray Jordan con esta respuesta; y reparándose un poco, dijole: Bien has dicho, mas dame alguna semejanza de su hermosura. Neciamente pediste, respondió, porque no se puede significar: mas por satisfacer tu deseo digo que si las hermosuras de todas las criaturas, cielo, tierra, flores, perlas y cuanto mas hay que deleite la vista, se juntasen en una; si cada una de las estrellas luciera como el sol, y este tanto como todas ellas, todo esto así junto seria respecto de la hermosura de Dios como la noche tenebrosa respecto del día mas claro y sereno. En esta historia se ha de advertir que el demonio nunca llegó á ver claramente á Dios como lo ven ahora los Ángeles en la gloria; solo pudo llegar á tener un particular y aventajado conocimiento de la hermosura, grandeza y otras perfecciones divinas, con el gozo que de este conocimiento sobrenatural, aunque no claro, naceria; el cual bastó para que dijese que por volver á tener aquella ilustracion y gozo padeceria tantos tormentos y tan largo tiempo. ¿Qué seria el ver á Dios claramente en la gloria? Por cierto que ser aserrado uno, y ser atenaceado, y despedazado, y quemado vivo por cien mil años, se podia dar por bien empleado por gozar de tan sumo bien un día solo; ¿qué será por gozarle por una eternidad, siendo tan grande el gozo de ella, que un día solo puede equivaler á muchí-

(1) Lib. 4, cap. 57, n. 67. — (2) Jord. Herold. in promptu. exemp. (1)

simos años (1)? Y así estando un monje cantando Maitines con los otros religiosos de un monasterio, y llegando á aquello del salmo que dice: Que mil años en la presencia de Dios son como el día de ayer, que ya se pasó; espantóse mucho, y comenzó á imaginar cómo era esto posible. Él era muy devoto y siervo de Dios: quedóse aquella noche en el coro despues de Maitines, segun lo tenia de costumbre, y suplicó afectuosamente á Nuestro Señor que le diese inteligencia de aquel verso de David. Aparecióle allí en el coro un pajarito que cantando suavísimamente andaba revoloteando delante de él, y de esta manera le sacó poco á poco á un bosque que estaba fuera del monasterio. Púsose el pajarillo sobre un árbol, y el monje debajo de él á oírle, y á cabo de rato á su parecer se voló, y desapareció con grande sentimiento del siervo de Dios. Ó pajarito de mi alma, decia, ¿á dónde te has ido? Como vió que no volvía, tornóse él para su monasterio, pareciéndole que aquella misma mañana habia salido despues de Maitines, y que entonces seria hora de Tercia. Llegando al convento, que estaba cerca del bosque, halló tapiada la puerta que antes solia servir, y que habian abierto otra en otra parte. Llamando á la puerta, el portero le preguntó quién era, de dónde venia, y á quién buscaba. Respondióle él: Yo soy el sacristan de este monasterio, que poco há sali de casa; y ahora vuelvo, y todo lo hallo trocado y mudado. Preguntóle el portero por el nombre del abad, y del prior, y del procurador. Nombróselos, y espantábase mucho de que no le dejase entrar dentro del convento, y de que disimulase conocer á los religiosos que le nombraba. Dijole que le llevase al abad; mas puesto en su presencia, ni el abad le conoció á él, ni él al abad, sin saber el buen monje qué hacerse ni qué decirse, mas de quedar confuso y maravillado de aquella novedad. El abad le preguntó por su nombre y por el de su abad; y buscando los anales, se vino á averiguar que habian pasado mas de trescientos años desde la muerte de los abades que él nombraba hasta aquella sazón. Entonces el monje dió cuenta de lo que le habia sucedido sobre aquello del salmo. Con esta relacion le conocieron y admitieron por hermano de la misma profesion; y él, habiendo recibido los Sacramentos de la santa Iglesia, acabó suavemente con mucha paz en el Señor.

Si el gusto solo de un sentido así poseyó el alma de este siervo de Dios, ¿qué será cuando no solo el oído, sino la vista, el olfato, el gusto y todo el cuerpo y alma estén enajenados en sus gozos, proporcionados á los sentidos del cuerpo y á las potencias del alma? Si la música de un pajarillo así suspendió, ¿qué hará la música de los Ángeles? ¿Qué hará la vista clara de Dios? ¿Qué hará lo que Dios hizo con ostentacion de su omnipotencia? Porque así como el rey Asuero, que reinaba desde la India hasta la Etiopia sobre ciento veinte y siete provincias, para mos-

(1) Joan. Major, verbo *Cælest. Gloria*, exempl. 14 ex collect. psalma. LXXXIX.

trar su grandeza y poder hizo un solemne convite á todos sus principes, que duró por ciento ochenta dias; así el supremo Rey de cielo y tierra hace esta gran cena de la gloria, que ha de durar por toda la eternidad, para mostrar su poder y el agradecimiento en honrar á sus siervos, en la cual será tan grande el gozo, que ni el oído oyó, ni los ojos vieron, ni cayó en corazón de hombre cosa tan grande y bien tan inmenso. ¡Oh vileza de los bienes temporales! ¿Qué tienen que ver con esta grandeza, pues son tan poco, que con el mismo tiempo de quien tienen ser no se pueden sufrir? ¿Quién hay que se estuviera oyendo, sin hacer otra cosa, las mejores músicas de sonoros instrumentos y suavísimas voces de hombres por espacio de un mes? ¿Quién hay que en pasando un día no estuviera cansado de aquel gusto continuado sin mudar otro? Pero la grandeza de los bienes que Dios tiene preparados para los que le temen y aman es tan suma, que por toda una eternidad no cansará, antes bien se la apetecerá siempre.

§ II.

Esta diferencia notó san Anselmo (1) entre los bienes y males de esta vida y la otra, que en esta vida ni bienes ni males son puros, sino mezclados y confusos; porque los bienes son imperfectos y mezclados con muchos males, y los males son cortos y mezclados con algunos bienes: pero en la otra vida, como los bienes de la gloria son sumos, son purísimos, sin mezcla de algun mal, así nunca pueden cansar; porque ya tuvieran algun mal si trajeran cansancio: al contrario es en los males del infierno, que son sin mezcla de algun bien, y así son insuperables y tremendos: de suerte que en el cielo habrá este sumo bien de tener allí todos los bienes, y de carecer de todos los males; y en el infierno habrá este sumo mal de tener allí todos los males, y carecer de todos los bienes.

Por dos partes es grande la gloria, por no tener mal alguno, y por ser sus bienes sumos. Dávid dice (2): Cuanto dista el Oriente del Poniente, tanto puso Dios léjos nuestras culpas. Pero no solo las culpas, sino las penas, pone Dios tan léjos de sus bienaventurados, cuanto dista el cielo de la tierra; y aunque la ventaja y distancia espiritual de los bienes eternos es mayor que la corporal del cielo á la tierra, para que formemos algun concepto de aquello dirémos lo que se alcanza á saber ó decir de esta, para que veamos cuán léjos están los males del cielo, y cuántas ventajas hacen sus bienes á los de la tierra. Nuestro insigne matemático Cristóbal Clavio dice (3) que hay desde el cielo de la luna, el mas bajo de todos, hasta la tierra ciento veinte mil seiscientos treinta millas; y desde el cielo del sol cuatro millones trece mil novecientas veinte y tres millas; y desde el firmamento y octavo cielo ciento sesen-

(1) S. Anselm. l. de simil. — (2) Psalm. cii. — (3) Clavius, in spher. cap. 2.

ta y un millones ochocientas ochenta y cuatro mil novecientas cuarenta y tres millas. Aquí manda Platon que paren los matemáticos; porque de allí adelante falta la facultad de medir adelante. Pero hay sin duda mas desde el firmamento hasta el cielo empíreo; porque lo grueso solo del cielo estrellado dicen que es otro tanto como hay desde la tierra á él; de suerte que si se arrojara una piedra de molino desde lo alto del firmamento á la tierra, era menester noventa años antes que llegase al suelo, aunque cada hora caminara doscientas millas. Afirmen tambien los matemáticos y algunos intérpretes doctísimos de la sagrada Escritura que es mucho menos la distancia que hay desde la tierra hasta lo mas encumbrado del firmamento, que la que hay desde allí á lo mas bajo del cielo empíreo: y así concluyen que si viviera uno dos mil años, y caminara cada día cien millas, aun no llegara, caminando todos los dias, á lo mas bajo del cielo estrellado; y si despues caminase otros dos mil años de la misma manera, aun no atravesara lo grueso de ese cielo; y si despues caminara cuatro mil años con la misma prisa, aun no llegara á lo mas bajo del cielo empíreo. ¡Oh poder de la gracia de Jesucristo, que en un momento hace caminar tan largo camino! Tuvo por gran dicha aquella generosa matrona que atormentaron en Inglaterra, puesta sobre una piedra aguda, y despues oprimiéndola con gran peso, porque dentro de seis horas habia de llegar hasta el cielo, y pareciéndola corto viaje, dijo á los que con horror y lástima miraban su martirio: *¿Tan breve es el camino que lleva al cielo? Dentro de seis horas seré levantada sobre el sol y la luna, pisaré las estrellas con los piés, y entraré en el cielo empíreo.* Pero no en seis horas, sino en un punto se pone allá el alma santa ya purificada de sus culpas y penas, quedando mas léjos de unas y otras que hay desde la tierra al cielo. Al paso de esta distancia en los lugares es la ventaja en la grandeza del cielo sobre la tierra; y á este paso es la de sus bienes. Subamos con la consideracion allá, y desde aquel lugar eminentísimo despreciemos todo este mundo mudable, pues aun los gentiles le despreciaron. Por lo cual dijo Ptolomeo (1): *Aquel es mas alto que el mundo, que no cuida en cuya mano está el mundo;* y Ciceron dijo (2): *¿Qué cosa de las humanas puede parecer grande á quien tiene conocido qué es eternidad y toda la grandeza del mundo? Toda la tierra me parece á mí tan pequeña, que me pesa y avergüenza de nuestro imperio con que solo hemos tocado un punto de ella.* Toda la grandeza de los reinos de la tierra es un punto, y á Boecio le pareció punto de un punto; pero del cielo dijo Baruc (3): *¡Cuán grande es la casa de Dios, grande el lugar de su posesion! Grande es y no tiene fin, excelso é inmenso.* Á este paso son las ventajas de los bienes eternos, aunque no fueran eternos. Son sus bienes inexplicables y grandes, y sin mezcla alguna de males. ¡Oh cuán necios son los que por un punto de tierra pierden tantas leguas de cielo!

(1) Ptol. in Præfat. Am. gesti. — (2) Tul. in somn. Scipion. — (3) Bar. iii. 15

los que por un gusto breve y pequeño desprecian los eternos é inmensos! ¡Oh grandeza de la omnipotencia y liberalidad divina, que tan grandes bienes preparó á los humildes y pequeñuelos que le sirven, los cuales, ni los ojos vieron, ni los oídos oyeron, ni cayó en pensamiento humano! San Agustín, que tan altamente pensó, y cuyo entendimiento fue de los mayores del mundo, se halló corto para decirlos y aun pensarlos: el cual, queriendo escribir de la gloria, y tomando la pluma en la mano, vió en su aposento un notable resplandor, y sintió una fragancia tan grande, que le enajenó y sacó de sí, y oyó una voz que le decía: ¿Qué intentas, Agustino? ¿Piensas que es posible agotar las gotas del mar, ó abarcar con la mano toda la redondez de la tierra, y hacer que los cuerpos celestiales suspendan el curso de su movimiento? Lo que ningunos ojos vieron ¿quieres tú ver? Y lo que ningunos oídos percibieron ¿quieres tú oír? Lo que ningun corazón alcanzó ni entendimiento humano imaginó ¿piensas tú que lo has de comprender? ¿Qué fin ha de hallarse á lo que es infinito? Y ¿cómo puede ser medido lo que es inmenso? Primero serán posibles todos estos imposibles, que tú podrás dar á entender la menor parte de gloria que gozan los bienaventurados. Si á uno que se hubiese siempre criado en una mazmorra, sin haber visto mas luz que la de un pequeño candil, le dijese que había sobre la tierra el sol, el cual era una luz que á todo el mundo alumbraba por mas de cien mil leguas; este tal, por mas que le dijese, no haría concepto cabal del sol. Pues mucho menos se puede hacer concepto de la luz, grandeza y gloria de las cosas de la otra vida, por mas que se nos declaren con la comparación de las mayores hermosuras de este mundo. Tan inefables bienes desprecia un pecador por hacerse despreciable y maldito.

§ III.

De la misma manera los males y penas de este mundo no son comparables con la grandeza de las eternas; y así como trescientos años de un gozo del cielo no pareció á aquel siervo de Dios mas tiempo que de tres horas, así tambien, por el contrario, tres horas de las penas eternas parecerán muchos años. ¡Oh qué caros son los gustos breves del sentido, pues se pagan con tan largo y multiplicado tormento! Porque si solo se pagase de infierno no mas larga pena que duró el gusto, no sería insufrible, y parecería diez mil veces mas prolijo. ¡Qué será habiendo de ser eterno el castigo, aunque el gusto que traspasó la ley divina fuese de un momento! ¡Oh penas de este mundo, enfermedades, dolores y miserias, y cuán de risa sois comparadas con las eternas, pues todo lo que podeis durar es poco, y todo lo que podeis afligir no es mucho! Y si por vuestras penalidades temporales escapamos de las eternas, dichosísimas sois, y debeis ser recibidas con mil parabienes y gran contento.

CAPÍTULO II.

La grandeza de la honra eterna de los justos.

Consideremos en particular la grandeza en los bienes de la otra vida, en los cuales hay honras, y riquezas, y gustos, y bienes del alma y del cuerpo. De cada una de estas cosas harémos particular consideracion; y dando principio por las honras, no hay duda sino que en el cielo ha de ser sumo el premio que en la honra se ha de hacer á los justos: lo uno, por ser en la criatura racional el mas fuerte apetito el de la honra; lo otro, por habernos exhortado Cristo á la humildad para entrar allá, y haber prometido grande ensalzamiento y honra á los humildes: y así en aquel lugar de la hartura y cumplimiento de todo lo que se puede desear, y de remuneracion y premio, no se puede dudar sino que ha de ser muy grande la honra que ha de alcanzar el siervo de Cristo imitador de su humildad, de lo cual hay muchas promesas en la sagrada Escritura. El mismo Cristo dijo que su Padre lo honrará en el cielo; David cantó (1): *Con gloria y honor le coronaste*. El Eclesiástico dice (2), segun lo aplica la Iglesia: *La corona de oro sobre su cabeza grabada con señal de santidad, gloria de honra y obra de virtud*. Además de esto todo lo que pueden hacer los que sirven á Dios es solo honrarle, porque no pueden aumentar otro bien divino; porque ni el gozo y gusto eterno de Dios pueden aumentarse, ni le pueden ser en cosa alguna de provecho; porque todos sus bienes intrínsecos tiene infinitamente perfectos: solo la gloria y honra, en cuanto es bien exterior, es capaz de aumento; y esta es la que dan á Dios los Santos con sus servicios: y como Dios sea tan agradecido, págales en la misma moneda, y no puede dejar de honrar mucho á los que le honraron á él. Llega esta honra á tanto, que dijo el mismo Cristo estas palabras (3): *Al que venciere, yo le daré que se sienta conmigo en mi trono, como yo vencí y me senté con mi Padre en su trono*. De la cual promesa espantado un Doctor, exclama (4): *¡Cuán grande será aquella gloria de ser sentada una alma justa delante de infinita multitud de Ángeles en el mismo trono de Cristo y de Dios, y ser por el recto juicio de Dios alabada por vencedora del mundo y de todas las potestades invisibles de los demonios! Y ¡con cuánta alegría se regocijará la misma alma cuando se vea libre de todo peligro y trabajo triunfar de todos sus enemigos dichosísimamente! ¿Qué habrá que pueda desear mas que verse participante de todos los bienes divinos hasta la compañía de un mismo trono? ¡Oh cuán alegremente pelean en la tierra, cuán fácilmente llevan todas las cosas adversas por Cristo los que con viva fe y cierta esperanza conocen con*

(1) Psalm. viii, 6. — (2) Eccli. xlv, 14. — (3) Apoc. iii, 21.

(4) Belar. l. 1 de eterna felicit. c. 4 in fin.